

INVENTARIO DE UN INCENDIO

BIBLIOTECA DE CUENTO CONTEMPORÁNEO

Nº 71

INVENTARIO DE UN INCENDIO

por

Alan Heiblum Robles



Universidad Veracruzana
Dirección Editorial

*F*ICTICIA

MÉXICO

2022

INVENTARIO DE UN INCENDIO

D.R. © Universidad Veracruzana

D.R. © Ficticia S. de R. L. de C.V.

D.R. © Alan Heiblum Robles

Primera edición: diciembre 2022

UNIVERSIDAD VERACRUZANA

DIRECCIÓN EDITORIAL

Nogueira núm. 7, Centro, CP 91000

Xalapa, Veracruz, México

Tels. 228 8185980; 8181388

direccioneditorial@uv.mx

<https://www.uv.mx/editorial>

FICTICIA EDITORIAL

Editor: Marcial Fernández

Diseño de la obra: Rodrigo Toledo Crow

Cuidado editorial: Mónica Villa

Magnolia 11, colonia San Ángel Inn, alcaldía Álvaro Obregón,

Ciudad de México, CP 01060.

www.ficticia.com

ficticiaeditorial@ficticia.com

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la previa autorización por escrito de los titulares de los derechos de autor.

ISBN DE UNIVERSIDAD VERACRUZANA: 978-607-8858-76-7

ISBN DE FICTICIA EDITORIAL: 978-607-521-139-8

Impreso y hecho en México / *Printed in Mexico*

CONTENIDO

EL TESTIGO INÚTIL	9
EL ORDEN DE LA BIBLIOTECA	11
LA NARÍZ DE PLATA	15
CATACRESIS	19
LA SALA DE ESPERA	21
INVENTARIO DE UN INCENDIO	
<i>HOMO IGNEUS</i>	41
EL HORNO DE PROMETEO.....	41
LA COCINA DE TÁNTALO.....	43
EN TIEMPOS DE NERÓN.....	46
NITRATO DE CELULOSA.....	47
POR UNA CABEZA	51
DOS NOCHES EN EL MUSEO	
EL RECINTO DE LAS COSAS EXTENSAS	59
LA EXTENSIÓN DE LOS RECINTOS	60
ESCÉPTICOS.....	61
LOS VIENTOS	63
EL FIN DE LA HEBDÓMADA	65
DIOS REMERO.....	71

EL TESTIGO INÚTIL

Se dice que existen tres clases de testigos: los que han visto bien, pero dudan de lo que han visto; los que han visto mal, pero creen haber visto bien; y los que no han visto nada y aseguran haber visto todo.

Marco A. Almazán

Caminaba por las dunas. El espacio era abierto, no así sus pensamientos: “el sol me está matando, el sol me está matando”. El aire, impregnado de un aroma rancio y turbio, olía a muerto, pero no se veía ningún cadáver. Regresar no era una opción, llevaba demasiado como para renegar de sus pasos. Se había dedicado a pregonar que detrás de las percepciones yace lo percibido; sin embargo, ahora parecía ocurrir lo contrario: un olor infecto sin nada que lo causase.

Siguió una corazonada y viró a la derecha. La intuición fue certera; algunos pasos después el tufo desapareció y encontró, en cambio, un pequeño estanque con cactáceas y ranas fosforescentes. El agua, un tanto pantanosa, le dio desconfianza. Mientras decidía si meter o no los pies, levantó la vista; observó a lo lejos una silueta, alguien más había decidido caminar los quince kilómetros de dunas que separaban los poblados.

“¿Qué podría deparar este encuentro de viajeros?”, pensó con genuina emoción.

La figura se hizo casi reconocible. ¿Se trataba de una mujer? Habría que esperar. De la nada apareció otra silueta y con un brusco gesto derribó a la primera. Se escuchó un golpe sordo, ¿acaso un disparo? Las figuras desaparecieron al instante.

Apresuró el paso, decidió hacer algo. La ventisca dificultaba el traslado, sentía la arena rasgar sus piernas maltratadas por el sol. Cuando estaba cerca, lo invadió un profundo miedo, tal vez se exponía demasiado. Se detuvo. Pero remontó con mayor urgencia, una visión heroica, aunque infantil, lo reanimó. Llegó, lo supo por una mancha cada vez menos rojiza en la arena. No había nada más, ni rastro ni huellas, nada, sólo la sangre que las dunas bebían.

Había sido testigo de un crimen, de la escena completa y, sin embargo, no podía decir nada. Vio tanto a la víctima como al victimario, pero era incapaz de reconocerlos, de describir cualquier detalle. Intentó guardar algo de la escasa arena roja en sus bolsas, fue en vano. Ahora dudaba incluso de lo que debería hacer cuando llegara a su destino. Si el viento terminaba por borrar la mancha, ni siquiera podría señalar el sitio de lo sucedido. Terminaría por parecer loco o sospechoso. Además, ¿por qué habrían de creerle? “No hay falsedad tan insensata que no la apoye algún testigo”, dijera Plinio el viejo.

“Soy un testigo sin testigos”, afirmó para sus adentros y, luego, en voz alta, “hable o no, pronuncio nada”.

Se dice que hay tres clases de testigos; es incorrecto, son cuatro. Existen los testigos inútiles: nosotros.

EL ORDEN DE LA BIBLIOTECA

*Ordenar bibliotecas es ejercer, de un modo
silencioso y modesto, el arte de la crítica.*

Jorge Luis Borges

Ven, sígueme. ¿Lo ves? Ahí está, no se detiene ni por un instante. ¿Te fijas cómo lo hace? Pareciera que reza. Vamos, miremos desde otra ventana. ¿Te percatas de la precisión, del cuidado, del cariño con que lo hace? Esa es su vida. ¡Momento!... ese libro ya ha estado ahí. ¿Por qué lo regresa? ¿Pensó que era sustituible y ahora entiende que no es verdad? No. Eso no puede ser: él no se equivoca... él no se equívoca. Vámonos, la cabeza me estalla.

Te lo dije, no importa la hora, él estará acomodando sus libros.

Postulado 1. La clasificación que siguen los libros es simple.

¿Recuerdas cuando intenté explicar la biblioteca como una dicotomía? Libros que fueron y serán en oposición a libros que no serán ni pudieron haber sido. Esos tiempos fueron una delicia. La hipótesis explicaba los cambios y movimientos dentro de los estantes, así como los espacios vacíos cuidadosamente calculados.

Mira, conservo una lista:

a) Libros que son un inicio —*La odisea*— y libros que son una continuación, que sólo pueden ser leídos después de otros —*El Ulises*.

b) Libros que requieren experiencia sexual —la obra de Plauto, la de Sade— y libros para los cuales no es indispensable —la obra de Ende, la de Carroll.

c) Libros intraducibles —*Salomé*, de Oscar Wilde— y libros que exigen serlo —la poesía completa de Kavafis.

d) Libros como ventanas —*Zaratustra*— y libros como espejos —*Hamlet*.

¡Mira! Ese libro se ha caído. No puedo ver el título. Vamos, apresúrate. Tal vez es el *Almagesto*, la majestuosa obra de Ptolomeo perdiendo su vigencia. O podría ser la *Física* de Aristóteles, obedeciendo a su creador. ¿Logras verlo? Quizás es un libro de geología que versa sobre terremotos. Sí, pudiera ser un tomo de la obra de Lyell que le abrió las puertas a Darwin.

Postulado 2. El libro es clasificado por su totalidad; el contenido, el autor, la circunstancia, etcétera.

¿Recuerdas cuando pensaba que la clasificación la daba el autor sin importar el contenido? Mis supuestos eran:

a) Los que escriben para ser —Cervantes—, en contraste a los que escriben para no dejar de ser —Dante.

b) Los que escriben porque sufren —Kazantzakis— y los que sufren porque escriben —Dostoievski.

c) Quienes escriben porque leen —Borges— y quienes leen porque escriben —J. M. Vico.

Disculpe, disculpe. Aquí, detrás de la ventana. ¿Qué hay en ese frasco? Sí, el frasco junto a esos dos volúmenes viejos...

El problema era que *El principito* no estaba junto al *Elogio de la locura*; *Bartleby* y *Wakefield* tampoco estaban juntos. La biblioteca no podía consistir en grupos y sub-grupos dicotómicos. Había que modificar la teoría.

Postulado 3. A su vez, los libros pueden verse como letras y conformar un nuevo texto —¿que lleva por título *El orden de la biblioteca*?

¡Atención! ¿Por qué no un libro que contenga a los demás? Nos hemos saltado una afirmación en extremo simple, pero de consecuencias terribles. Los libros no pierden su carácter individual, se mantienen unos junto a otros, pero sin llegar a fundirse. Están aislados, hay vacío entre sus tapas. Esto no puede sino significar que el bibliotecario es afín al atomismo. Pero... ¡Demócrito se arrancó los ojos!

...¿Escuchaste?! Contestó: *Las cenizas de Alejandría*. ¿Reparaste en la forma en que lo dijo? Tenía sus ojos cerrados, sentimientos profundos.

¿Te das cuenta? Podemos asociar un número a cada ejemplar. Sí, Gödel... Entender la “armonía” de la biblioteca significaría poder predecir los libros que aún faltan por escribirse.

Postulado 4. El orden de la biblioteca es entendible. Esto es, el número asociado a la biblioteca es racional (p. ej., .280230200502802302005028023020050...)

Hay al menos otro objeto en los estantes que no es un libro. Entre los koans, 28 libros después de los sutras, 23 libros antes de *Niebla*. Sí, la escultura. Es Bodidharma. Se quedaba dormido mientras meditaba por lo que resolvió arrancarse los párpados.

Tienes razón, allí, junto a *El Aleph*, hay un busto de Homero.

¿Qué insinúas? Sí, lo sé... la evidencia es abrumadora. Yo también lo veo... pero él no lo ve. No, no, no. ¿Cómo explicar entonces que *Las traquinias* estén junto a *Macbeth*, que *El arte de la guerra* toque *El palimpsesto de Arquímedes*? Tienes razón, aunque el lugar de cada libro hubiera quedado grabado en su memoria, toda biblioteca es un laberinto imposible.

Escucha entonces mis últimas palabras: Dédalo roza con sus dedos las oscuras galerías del laberinto que una vez concibió, pero que ahora le mantiene preso.

LA NARIZ DE PLATA

para Atenea

Después de interminables horas dentro de un maloliente avión, mientras el sol se ocultaba, arribamos al aeropuerto de Tan Son Nhat. Sin equipaje, fui directamente a la salida. Olía a selva, gasolina y arroz cocido; era mi primera vez en Vietnam. Un hombre rechoncho sostenía un cartel con mi nombre. En un inglés perfectamente entendible por incorrecto, me explicó que la Dra. Levy se excusaba, pero que me alcanzaría más tarde, una vez terminada la función en La Nariz de Plata.

Yo hubiera preferido ir directo al hotel y descansar; pero mi voluntad no importaba, la totalidad del viaje era obra de la doctora. El hombre me condujo al centro de la ciudad por callejuelas. Dimos con un letrero soterrado: La Nariz de Plata. Me dio una entrada y dijo que a la salida lo encontraría con la Dra. Levy.

Bajé por escaleras oscuras, una puerta roja de madera se abrió. Entré a un salón de espejos y columnas de dragón. Un joven, tal vez demasiado amable, me recogió a la entrada e invitó a pasar tras una cortina de terciopelo. Me senté en donde pude de lo que parecía un viejo gran cine. Aunque había poca concurrencia, se escuchaba el estruendo de una gran multitud. Para mi sorpresa, la proyección no comenzó con anuncios ni nada semejante, un film

introdutorio ofrecía una detallada explicación sobre el origen y significado del lugar.

Según se explicaba, existía una agenda ideológica para hacernos creer que Smell-O-Vision y Aroma Rama eran las dos únicas técnicas que habían logrado traer el sentido del olfato al cine. Pero *La Nariz de Plata* resultaba superior a ambas. El film afirmaba que se podía trazar una analogía precisa con el sistema híbrido de Tyco Brahe que, al conservar la Tierra en el centro del universo, y hacer girar los planetas en torno al sol, ofrecía una síntesis que preservaba lo mejor de los entonces mayores sistemas de mundo, el sistema de Ptolomeo y el sistema de Copérnico.

Sin dar mayores descripciones, se nos aseguraba que oleríamos lo que ocurriese en la película con una intensidad incluso mayor que la de los actores ahí presentes. Por último, se nos avisó que veríamos una película que llevaba años sin salir de cartelera, y esto no era un problema de recursos o pereza, sino consecuencia de su excelencia.

De título *Hotel Charlton* y situada en 1914, la película trata de la estancia de Ho Chi Minh en Londres como ayudante de cocinero. La obra discurre entre grandilocuentes cenas virtuosamente preparadas por un Ho Chi Minh que, al tiempo de asistir al connotado *maitre* Auguste Escoffier, desarrolla el sistema de pensamiento revolucionario que lo habría de sacar de los libros de cocina para inscribirlo en el libro de la historia.

Aunque era difícil de creer, no habían mentido: se podía oler con claridad y limpieza cada uno de los objetos presentados en las escenas. Nunca había disfrutado tanto de mi nariz; el olor de los ingredientes por separado y mezclándose era más nítido de lo que fue nunca en mi vida. Dos horas de deleite que, lamentablemente, pasaron rápido.

La película terminó y abandoné la sala deseoso de agradecer a la Dra. Levy. Sin embargo, no la encontré. Mientras esperaba en el *hall*, me sentí extraño. Era una ausencia lo que me había llamado la atención, al parecer no podía oler nada. Lo atribuí a un efecto de contraste. Mi sentido del olfato habría sido estimulado a tal punto que ahora padecía de una “ceguera” temporal.

Salí del cine para respirar aire fresco y ver si acaso la Dra. Levy me esperaba en compañía del chofer. Para mi desilusión no había nadie en la calle. Intenté no impacientarme. Estaba preocupado, mi olfato no regresaba y no se sentía que alguien fuera a llegar por mí. Decidí volver a entrar para obtener un remedio a mi falta de olfato, o al menos alguna explicación. Pero fue inútil, habían cerrado.

Pensando en Kipling, alguna vez T. S. Eliot escribió que “la primera condición para comprender un país extranjero es olerlo”. Después de algunas horas terribles de espera, me convencí de lo grave de mi situación: extraviado en un país desconocido, completamente solo y sin una nariz para conocerlo.

CATACRESIS

Quieto, no quieres llamar la atención ni ser un estorbo. Observas que las manecillas del reloj apuntan a lo alto. El aire de la cocina, saturado de ajo, envuelve tus sentidos. Ves al *chef* y a sus dos pinches vacilar de un lado para el otro, pero te mantienes inmóvil en tu rincón. Notas que la manecilla larga empieza su descenso. El chef se seca las manos para encender el aparato de música. Escuchas el canon cangrejo de la ofrenda musical, a la mantequilla. Te preguntas por el origen de la metáfora de las manecillas del reloj. Estás seguro de que no se trata de un lapsus ni tampoco un simple juego de palabras. Te decides a resolver el enigma de la catacresis. Sabes que los relojes no miden el tiempo. ¿Cómo podrían? Los relojes miden otros relojes. Piensas que los relojes se comparan unos con otros como diosas desnudas en un certamen de belleza. Sabes que se intentan controlar unos a otros. Ves la cadena, la correa y, también, como si se tratara de un presagio, los bruscos giros de ojos y cuello del paranoico. Intuyes que los relojes siempre ocuparán el espacio —la pared, el taburete, la muñeca, el bolsillo—, pero nunca el tiempo. Imaginas que, a espaldas de sus propietarios, o incluso a plena vista, los relojes se tocan, se acarician, se acicalan como homínidos arcanos en arboledas frutales. Hueles a limón y a pimienta.

Te persuades de que en las relojerías suceden las orgías más deliciosas: miles de pequeñas manecillas recorriendo el lugar correcto en el momento adecuado. Tus manos no son distintas. Lejos de la hora descolorida, tiempo muerto, tus manos marcan el tiempo oportuno. “Hay un tiempo señalado para todo, y hay un tiempo para cada suceso bajo el cielo: un tiempo de nacer y un tiempo de morir”. Tus manos, regalo de Kairós, muestran el tiempo para ser. Los pinches terminan de picar la albahaca y tú te vas de bruces. Das un par de pasos de espaldas. Ahora lo entiendes: basta que la musa pose su mano sobre la cabeza apesadumbrada para que la idea encuentre las palabras requeridas; basta el roce de sus manos para que los amantes den con el trazo que anhelan; basta el masaje de la partera para que el artista pueda parir su obra. Con ojos grandes, el *chef* se dirige hacia ti. Te sujeta con firmeza y de un solo tajo te rebana las manos. Las manitas de cangrejo son su especialidad.

LA SALA DE ESPERA

1. La sala de espera

—Pase por favor, el profesor lo espera.

No podía ser, ¿pase por favor?... ¿El profesor lo espera?... No, no, no. Era una locura. Mi vida entera había sido un continuo esperar y ahora se me decía que era a mí a quien se esperaba. No, definitivamente aquello no podía estar pasando. No podía ser yo, no debía ser yo el destinatario de tales palabras. Yo acababa de entrar a una sala llena de personas a la espera. La mujer joven a mi derecha, por ejemplo, que tenía cara de *Ara macao* y de haber estado esperando por horas. O a dos lugares de ella, ese tipo raro, casi un *Potos flavus*, que bien podría haber estado viviendo durante días en la sala, acampando en los sillones, comiendo mentas, bebiendo café y cubriéndose con las cortinas.

Sin embargo, esas siete palabras estaban destinadas a mí. La secretaria, que era tosca y robusta como un *Pecarí de collar*, tenía una dicción y ademanes que no dejaban lugar para ambigüedades. Pero entonces, debía tratarse de un error. ¿Acaso me conocía? Si no, cómo podía estar tan segura de que era a mí a quien el profesor esperaba. Qué me hacía tan diferente de estas otras personas. Simplemente

me estaba confundiendo con alguno de esos afortunados para los cuales las salas de espera no existen y la vida se va en un hilado de acciones. Y es que la frase: “Pase por favor, el profesor lo espera” era simplemente demasiado. Mi vida no tenía lugar ni espacio para discursos semejantes. Necesité repasar lo sucedido.

Estaba en la acera viendo el Támesis, revisé la hora, justo a tiempo, crucé la calle, entré en el edificio, me dirigí a la sala de espera y, cuando iba a abrir la puerta, me detuve. La puerta se abrió, salió una mujer, guapa, ¿qué digo?, verdaderamente hermosa. De haber coincidido en la espera podría haber intentado hablar con ella. Pero esa era la historia de mi vida, cuando yo llego, ella sale. Le sonreí sin encontrar respuesta. Crucé el pórtico. Vi a más de cinco personas sentadas y percibí entonces cómo se abalanzaba sobre mí esa sensación que conozco tan bien, ese sabor mental: la espera. Qué más podía esperar si mi vida nunca había discurrido de otra manera. Siempre a la espera...

Recuerdo que observé la elegancia de la sala. Agradecí que, al menos por una vez, se me diera la oportunidad de habitar un recinto para la espera digna. La sala no sólo estaba decorada con un gusto exquisito, se trataba de una auténtica galería visitada por las musas. Más allá de la extraordinaria pecera, un río suspendido, mis ojos fueron capturados por un cuadro. Reconocí de inmediato el lienzo de Maarten van Heemskerck: *Momo critica las obras de los dioses*. Obviamente se trataba de una réplica, pero parecía el original.

En la fábula de Esopo, los dioses someten a disputa sus facultades creativas y, Momo, ¿quién otro?, el dios de la crítica, funge como juez. Poseidón, el agitador de la Tierra, deja a un lado su tridente y, sumergiendo sus manos en una extraña arcilla, da forma y vida a un portentoso toro

blanco. Hefesto, el dios cojo, bate su martillo hasta crear a un hombre. Mientras tanto Atenea, pensando ingenuamente que la arquitectura podría darle el triunfo, erige un magnífico palacio. Pero nada de esto impresiona a Momo. Para el dios de la crítica, las obras cuentan con graves falencias. El toro no puede observar lo que embiste. El hombre no tiene una ventana en el pecho, de manera que puede ocultar sus mentiras. Y el palacio no tiene ruedas, necesarias si los vecinos resultan molestos. Pero los que terminaron molestos fueron los Olímpicos. Sí, ni siquiera los dioses son capaces de tolerar las críticas. Momo fue expulsado del Olimpo. Ya con los mortales, el dios de la crítica devino el dios del carnaval; la crítica irredenta y sin apología fundó la mascarada...

Pensamientos que habría profundizado si la frase “Pase por favor, el profesor lo espera” no hubiera llegado a mis oídos. Nunca una sala de espera había sido tan interesante, sugerente, entrañable y, tal vez por ello, porque la ironía es ley, esta vez yo no tendría el privilegio de la espera. Sea como sea, ningún monólogo resiste una magia tan potente como “Pase por favor, el profesor lo espera”. La hechicera jabalí había hablado y yo no podía arriesgarme a que tuviera que repetir. Así, ante el gesto de “¿es a mí?”, ella asintió sin necesidad de decir nada. Ante otro gesto de “¿es por esta puerta?”, ella afirmó nuevamente sin necesidad de decir nada. Con rabia burocrática, su semblante lo decía todo: “sí, esa puerta que está viendo, que es la única puerta, es la puerta que usted debería estar cruzando”.

Era como un sueño donde la espera se evapora. Quedé envuelto en un profundo sentimiento de irrealidad. Algo estaba mal. Sin importar cuán duro tratase, seguramente la puerta no iba a abrirse y, si no eso, cualquier otra cosa, pero algo habría de salir mal. Y es que la espera no podía

terminar sin siquiera haber empezado. Si algo yo sabía es que La Sala de Espera, así con mayúsculas, puede cambiar de decoración, de habitantes, incluso de locación y temporalidad, no obstante la espera nunca muta ni termina; idéntica a sí, habita en ella misma.

A un instante de entrar, esperé y esperé.

—Ya anda —me grité y, sin embargo, esperé—. No más, nunca más —me grité, pero esperé y aguardé. Me sostuve, me entretuve, me mantuve y me detuve. Esperé el instante a cada instante. Ya no sabía no esperar. —Espérenme por favor, déjenme esperar un poco más —pedí esperanzadamente para mis adentros. ¿Cuánto tiempo? ¿Cuánto tiempo habré esperado en esa sala de espera? Nada. Ni siquiera una bagatela de Webern resultaba tan breve. Desesperado entendí que la espera también cede. Por primera vez, mi vida daba paso a la acción. Abrí la puerta, crucé el pórtico y entré en el estudio del profesor.

2. El estudio del profesor

Tan pronto entré al estudio, llegó a mis oídos una voz clara y articulada:

—Espere por favor, deme un segundo.

El mundo es una enorme sala y la vida una larga o pequeña espera. De existir, un dios no resistiría la tentación de recibir con semejante ironía a sus criaturas: “esperen por favor, denme un segundo”. En el tornamesa sonaba una violenta pieza de viola. Si no me equivocaba era “La forqueray” —mientras que de Marin Marais se decía que tocaba la viola como un ángel; de Antoine Forqueray, que era el diablo. La versión que escuchaba el profesor hacía justicia a la leyenda.

«INVENTARIO DE UN INCENDIO»
DE ALAN HEIBLUM ROBLES
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL 06 DE DICIEMBRE DE 2022
EN LOS TALLERES DE EL ERRANTE EDITOR S.A DE C.V.
PRIVADA EMILIANO ZAPATA NÚM. 5947,
COL. SAN BALTAZAR CAMPECHE, PUEBLA, PUEBLA, CP. 72550.
SE TIRARON 1000 EJEMPLARES.